

Funesto fué para la más hermosa de cuantas son las mujeres de que la historia moderna hace recuerdo. La reina Maria de Escocia, decapitada en Fotheringay de orden de Isabel de Inglaterra, debió su suerte infeliz á la belleza como sobrehumana con la cual volvía locos de amor á los hombres, locas de envidia á las mujeres. La tiránica Isabel, fingiendo despreciar á su víctima, consumiéndose estaba de celos y venganza : esa prisionera que ilumina los calabozos por los cuales la trae á mal andar el verdugo, va dejando en donde quiera huellas profundas de los afectos más suaves ó más apasionados, bien así por la apacibilidad de su genio en la desgracia, como por los hechizos con que trabuca juicios y prende corazones. Jorge Douglas sabe si esos ojos son mares de felicidad apiñada en dos focos de resplandor divino; si esos labios se abren como las puertas de la gloria mundana; si ese pecho ofrece al amor asiento muelle y espacioso. Cuando desde la colina de Kinröss le promete libertad, ese muchacho le está enviando su alma en la lucecilla bañada de esperanza con que á lo léjos le hace tal promesa á la bella cautiva. Huésped del rey de Francia, Maria Estuardo es la estrella de San German; reina de Escocia, parece el Genio de la fortuna próspera resplandeciendo en los palacios de Edimburgo. Prisionera de su hermana enemiga, es la diosa de la hermosura á quien la caída ha dado una grave leccion en el libro del infortunio, y las pesadumbres han comunicado la autoridad del dolor fortificante del cristiano y el filó-

sofo. El jóven Chatelard no ardía en vano en el fuego regio que estaba prendido en su corazon : por el amor de una reina, peligros son esperanzas, reprensiones triunfos del orgullo : por el amor de mujer como Maria Estuardo, la muerte es dulce recompensa. Así es que el bardo cantaba sumergido en lágrimas; en lágrimas, con ser soldado :

O déesse immortelle,
Ecoute donc ma voix,
Toi qui tiens en tutelle
Mon pouvoir sous tes lois,
Afin que si ma vie
Se voit en bref tarie,
Ta cruauté
La confesse périe
Par ta seule beauté.

Funesto es el don de la hermosura, cuándo para la que lo posee, cuándo para las que lo envidian y los que la codician. Funesto ha sido en todo tiempo, no en las mujeres solamente, pero tambien en los varones. Dicen que el padre de Mahoma era hermoso de manera, que el dia que se casó con Amnisa, doscientas muchachas árabes de las más nobles tribus se mataron de dolor y desesperacion; y bien así en la Biblia como en el Coran constan los aciagos efectos de la hermosura de Josef, hijo de Jacob. El libro de la ley de los musulmanes, ménos severo que el de los cristianos, disculpa á la mujer de Putifar en un pasaje simbólico, que harta miga contiene respecto del carácter y las propensiones mujereles. Como esa cariraida tuviese conocimiento de la murmuracion general, reunió un dia en un banquete á

las más habladoras y mordaces. A media comida, el jóven hebreo, ricamente ataviado, comparece en medio de muchos caballeros que estaban cumpliendo las órdenes de la gobernadora. Las damas del festin, devorándole con los ojos al mancebo, empezaron á decir pasito : Dios nos guarde... Dios nos guarde... Y se cortaban las yemas de los dedos en vez de pelar la naranja que cada cual tenia en la mano.

El siglo de Luis décimocuarto, siglo rey, que ha brillado por las armas, las letras y las artes, ha sido tambien el siglo de la belleza y la galantería en los tiempos modernos. Las queridas del monarca devoto á quien los jesuitas dieron bula de concupiscencia, afirmando que ella no hacia al caso para la salvacion del alma ; esas mujeres, digo, pasan por arquetipos de belleza femenil, y fueron tales que hubieran podido echar raya entre las Mneserates, Gliceres, Gnathemiones, Floras y Laïs de Aténas. La señorita La Vallière, desde luego, la más feliz y más infortunada ; la marquesa de Montespan ; la Fontange, y por último esa madama de Maintenon tan nombrada por los franceses, dieron á la corte del rey sol el brillo funesto de los vicios, que so el barniz de la cultura y el refinamiento abrigaban la carcoma de las virtudes. Esa época dichosa de Napoleon llamada el Directorio resplandeció asimismo no ménos por la belleza que por la ilustracion de ciertas grandes mujeres que se ladean en la historia con los grandes hombres de ese tiempo tan glorioso para la nacion francesa. Madama Tallien, mujer de altos pensamientos y corazon encendido ; madama Beauharnais, tan galana como inge-

niosa ; Sofia Gay, esa linda Magalona de la caballería moderna ; y sobre todas, el sueño perpetuo de Chateaubriand, madama Recamier, mujer de belleza incomparable, á la cual el autor de El Genio del Cristianismo tributó culto ardiente, gastando mundos de amor en ella, sin recompensa, y lo que suena peor, sin esperanza. Bien hubiera querido el señor vizconde don Francisco ser con ella, no el autor grave del libro con el cual habia puesto asombro en Europa, mas ántes el indio Cháctas que huye por los bosques con su libertadora, y la oye á ésta en su lecho de agonía arrepentirse de no haber sido de su amante.

Los turcos sacan en el dia las mujeres más hermosas con las cuales enriquecen los serrallos del Gran Señor y los principes Bajaes, las sacan, digo, de Mingrelia, Circasia y Georgia, comarcas afortunadas que han heredado algo de las antiguas Chipre, Gnido y Amatonte. La Imerecia suele producir beldades primorosas ; y estò mismo sucede con los pueblos que habitan las faldas del Cáucaso, siendo la cosa más notable del mundo que al lado de muestras tan cumplidas del género humano vivan las castas más deformes y repulsivas que conoce el viajero, como son los calmuco y los tártaros nogais *. Callot, pintor perpetuo de lo feo, hallaria su paraíso entre esos bárbaros desventurados, y nada tendria que hacer en Georgia, Circasia ni Mingrelia. Entre las naciones europeas que hoy dan la ley de la civilizacion al mundo, Inglaterra se lleva la palma en orden á la hermosura de

* VIREY, *Histoire naturelle du genre humain.*

las mujeres : altas, blancas, rubias, las inglesas son deidades mitológicas que andan entre los mortales, combatiendo á unos, favoreciendo á otros. Algo hay de las heroínas de Ossian en una bella hija del Támesis : blanca y fria, es una nube fantástica que revolotea misteriosa por la orilla de un rio ó por una verde colina en busca de la sombra de su amante muerto en la batalla. La célebre querida de Nélon tiene fama de hermosa tanto como de desapiadada; y no puede uno contemplar sin celos y despecho ese grupo de divinas muchachas que están besando apasionadamente los largos bigotes del prusiano Blúcher despues de la victoria de Waterloo.

Las francesas no preponderan por la hermosura, sino por la gracia, el tanteo exquisito con que gobiernan el mundo con las leyes de la moda y la elegancia. Ciertos pueblos del mediodía de la península ibérica presentan modelos perfectísimos de mujeres bellas : el reino de Valencia es almáciga de hermosuras, y hermosuras tan diferentes de las del Támesis, que bien merecen algunas pinceladas que las pongan de manifiesto. Raro, muy raro es ver una rubia en la patria del Cid Campeador, el cual debió de ser trigueño : la valenciana es de un blanco aceitunado que tira á perla salida del baño de la aurora : sus ojos son negra noche, rota de cuando en cuando por relámpagos de luz celeste : sus labios están ardiendo como piropos en la fragua de Cupido : su cabellera abundante, espesa, forma contraste admirable con la blancura de los hombros sobre los cuales descansa en lánguidos tirabuzones. El porte de la hija del Turia es regular : sus carnes, frescas, apretadas, le están con-

denando á la tortura al espíritu del que lo deja ir trabucado por las curvas y altos derrames de esos miembros presentes á la imaginacion. Esta española pudiera concurrir á un certámen universal de mujeres bellas, y sobre mí si no se llevara el primer premio, puesto que no se lo disputase la portuguesa con sus pechos sobresalientes, palacios gemelos donde habitan amor y voluptuosidad.

En Italia hay mujeres que pasan al lienzo en forma de ángeles y vírgenes celestiales, sin que el artista hubiese hecho modificacion ninguna en sus facciones. Dicen que Rafael no hacia sino copiar á su bella Fornarina para sacar esas Madonas que andan por toda Europa, valiosas como un cuadro de Apéles. Las obras más cumplidas de los grandes maestros son retratos : bien así como los poetas suelen celebrar á sus amadas en sus poemas, así los artistas inmortalizan á las suyas en sus cuadros ó sus estatuas. Ejemplo de lo uno puede ser Jorge de Montemayor en la « Diana enamorada, » y de lo otro el gran pintor de Urbino en la Vírgen del Niño.

Pudiera yo ser imputado de falta de amor nacional y patriotismo, si en tratándose de hermosura y gentileza me mostrase ingrato con desentenderme de estas bellezas americanas que tanto dan en que merecer á los que alcanzamos espíritus para saberlas juzgar y apreciar. Las bogotanas son bellas, sumamente bellas en sus floridos años. Su tez delicadísima no ha menester limosna cotidiana del infame albayalde ni el plebeyo bismuto para desafiar en lo blanco á la azucena. Acerca

de las mejillas, pálida es la rosa, y llena de rubor agacha la cabeza, cuando una driada del Funza comparece en el jardín vestida de pastora. Desgraciadamente, dicen, la belleza es de corta vida en esta hermosa : será como la mujer árabe que á los veinte años es vieja, y no tiene la memoria provista sino de diez ó doce de amores y felicidades. Tan pronto, no se envejece ; pero ese bribon de Emiro Kástos dice que á los veinticinco es... es... coto, dice el hereje : yo no he de repetir ni en artículo de muerte esta atrocidad sin ejemplo. En los bailes de Emiro Kástos hay siempre dos departamentos : en el uno, las jóvenes de quince á dieziocho años están hirviendo como una manga de espíritus divinos encarnados en miembros de mujer ; en el otro, las... las... cotos (¡y no se abren los abismos y me tragan!) están silvando y fumando su cigarro. Miente Emiro Kástos ! me dijo una vez un granadino : esa enfermedad es desconocida en la Nueva Granada. Por desgracia todos hemos leído las disquisiciones científicas publicadas acerca de ese horrible desvío de la naturaleza en la meseta de Bogotá, Mariquita y otras comarcas de Neocolombia ; y hemos gemido de corazón con los poetas colombianos que lloran esa ruina prematura de la belleza en su patria. Si de los veinticinco para delante están condenadas á ir con esa cruz áuestas, no olviden las ninfas del Monserrate que hasta los veinticinco son las más lindas de las sud-americanas ; si ya no dan sobre ellas, rompiendo por Boyacá, las hermosas caraqueñas, y les arrebatan la palma. Si un Emiro Kástos ha sacado á la luz del mundo *el Aranjuez* de su coto, consuélense con que un Cosmopolita lo niega de redondo, y rieta á

singular batalla al descortes y mal nacido que se atreva á poner lengua en la porción más amable del sexo femenino en el nuevo continente.

La suavidad del clima, la transparencia de la atmósfera, la esplendidez del firmamento, la pureza del agua son, sin duda, partes para que la quiteña conserve, muchas veces hasta los cuarenta años, el verdor y la frescura marzal de las colinas y los prados que circundan su poblacion elevadísima. Para donosa y elegante, la quiteña : con la mirada se insinúa, con la sonrisa conquista, con el porte general de su persona pone el yugo debajo del cual pesadumbres son delicias, desdeñosos incentivos, rigores esperanzas. La ojinegra del Pichincha es el demonio vuelto á la gracia de Dios con sus rezaños de malicia. Cariredonda por la mayor parte, sus mejillas son bóvedas de rosa dentro de las cuales los Genios del Amor, reducidos á mínima estatura, están soplando la fragua del placer. Su pecho es comba sublime : su brazo está desafiando al filósofo y al santo, si por lo blanco, si por lo gordo. La manecita es joya preciosa : los dedos suavísimos : la uña, espejo de las Gracias y las Musas. En cuanto á pasiones, estas estrellas de la Cinosura suelen morir de amor, y quitar la vida muchas veces. El Gran Mariscal de Ayacucho, que habia estado en casi todas las capitales de Sud-América, sólo en Quito halló mujer digna de su corazón y su mano ; y es sabido que Bolívar á Quito vino á buscar la amazona que le salvó la vida cubriéndole con el escudo de Pálas, esa mujer tan fiera como hermosa á quien el Genio del Nuevo Mundo amó como Aquiles á la belleza de Sciros.

Los climas ardientes imprimen caracteres escepcionales en el sexo femenino : la luz encendida que devora la tierra afina el espíritu y le da los mayores quilates que él puede alcanzar : una guayaquileña de pelo suelto, cuyos hombros están forzando la chaqueta ; vestida de holandas y sinabafas delgadísimas que van y vienen cual ondas de blanca espuma, primero que mujer parece nereida que dejando sus grutas del Pacífico, ha subido al redropelo el Guayas, y se ha instalado en uno de esos palacios de fragantes maderas que producen sus bosques. Viva, picotera, esta ninfa del grande rio es propensa á las pasiones más nobles y elevadas, las cuales cuando están en su punto suelen convertir en poética melancolía la electricidad de su alma que brota afuera y chisporrotea en los ojos y los labios. Las chilenas pueden pasar por las inglesas del Nuevo Mundo, ya porque viven recostadas hácia el norte, ya por su temperamento sereno y grave en cuerpo eminente y facciones señoriles. Las argentinas van á un paso con sus hermanas de América, si por las prendas físicas, si por la belleza del alma ; y acerca de las mejicanas, sabido es que les echan el pié adelante á las mejores. Pero hay unas en la América Española que á justo título han grangeado nombre de *parisienses del nuevo mundo* ; estas son las hijas del Perú, tierra del sol, esa como Pancaya en donde nace el Fénix. La limeña es el dechado de la belleza femenina en lo tocante á la persona visible ; que en lo que mira á los afectos, una italiana de Palermo no los abriga ni más ardientes ni más profundos. Los usos de la tierra le comunican singular donaire y seduccion ; usos que van cayendo, para mengua del prurito nacio-

nal y la elegancia propia. El manto de la peruana, bien como la capa del español, es vestido tan magnífico, que si á cada uno de éstos le da aspecto de rey, á cada una de éstas la vuelve princesa misteriosa que refuerza el deseo con la curiosidad, dando á entender con la lumbre de los ojos el ángel lleno de delicada malicia que va desconocido tras el rejujo impenetrable.

Después de esta revista en donde la galantería pasa por alto algunas omisiones y el amor suple lo que falta, será bien digamos al fin lo que es belleza y en lo que consiste ? La belleza, como no tiene reglas ni modelos prescritos, carece de definicion. Belleza es armonía visible, música personificada : una mujer bella es una melodiosa expresion de la naturaleza.

There is music even in beauty,

ha dicho un bardo inglés : hay música en la belleza. Cuando fascinado contemplo una jóven hermosa, oigo que sus ojos están cantando á mis oidos : una niña fresca, pura, alegre es nota musical de la armonía eterna. En qué consiste que tal rostro es bello y cual no lo es ? Consiste en que en el uno hay compas, cadencia, ritmo sonoro ; en el otro todo es mudo, ó sus toques y su conjunto suenan desagradablemente á nuestros ojos. Belleza es armonía ; gracia es melodía. La belleza infunde admiracion ; la gracia es cuna de la simpatía : y como la gracia es alma de la belleza, belleza y gracia dan nacimiento al amor. Viendo estoy ahora mismo con la imaginacion una persona cuyos ojos me causan miedo ; ese miedo que nos hace estremecer profunda y deliciosa-

mente de anhelos vagos, los cuales no sabemos si son culpas ó ambicion de cosas celestiales. Música visible es la belleza; el amor es música desleída en afecciones que están hirviendo en el pecho al santo fuego de las Gracias.

DE LA BELLEZA ARTIFICIAL

Como si fueran más hábiles que la naturaleza, las mujeres han adolecido en todo tiempo del prurito de la hermosura facticia con la cual tratan oscurecer los primores inherentes à la familia humana, ó se proponen engatusar á los hombres vendiendo una cosa por otra. Si tienen creído que el resplandor ominoso con que salen brillando por las calles puede algo en nuestro ánimo, sepan, al contrario, que ese efecto es mortal para ellas. Si se dan á entender que tragamos gato por liebre, se engañan por la mitad de la barba, y salen mal libradas en nuestros juicios y opiniones. Seguro está que la inventora de las blandurillas y las mudas, lo que en general se llama afeite de las mujeres, haya sido una niña de quince ni veinte años, á cuyas mejillas la rosa pide favor, á cuyos labios el clavel se rinde confesándose vencido. La inventora de esas brillantes porquerías fué una vieja presumida que vió apagados sus colores, idos para nunca más volver sus gracias y frescura. Que estas vejancas desdichadas se encomienden á la ciencia de las brujas para mostrar lo que no son, aun no tan malo; pero que una muchacha que está reventando y abriéndose como una flor del paraíso, acuda para embellecerse

á esos matadores de la belleza, esto es lo que no nos cabe en la imaginacion. La una, sobra de sí misma, escoria del oro que ha derrochado en treinta años, tiene necesidad de cubrirse el rostro, si es ocultadora de la verdad, y se anda á caza de admiraciones y amoríos; la otra, jóven, fresca, blanca, ¿qué tiene en su persona que fingir ni ocultar á nuestros ojos? Entre las flores de mi jardin, orillas del cual escribo, descuella la azucena, como la infanta heredera de la real familia. Habiendo llovido anoche, la madre tierra ha cobrado pujanza y brio: el sol comparece sobre un mundo espeso de nubes purpúreas, amarillas, violadas y de cien otros matices y combinaciones: un diluvio de luz llena luégo los huertos bajando de los montes, y las flores la reciben y aspiran como sedientas de los secretos divinos que esa mensajera del cielo acarrea en sus entrañas. La azucena, digo, en su oriente, está nadando en hermosura propia, tan lozana, tan suave, tan seductora con sus naturales atavíos, que si esta deidad insensible puede infundir pasiones, los espíritus incorpóreos de la atmósfera, los ángeles incompletos que pueblan el aire, se mueren de amor por ella, ó á sus plantas yacen desmayados implorando compasion de esa divina ingrata. Qué diriais, oh vosotras, niñas y señoritas de veinte años, si la princesa del jardin se diese sus trazas para mejorar su color y su frescura, mediante los secretos de una fada maligna cuyo ministerio fuera la persecucion y ruina de las obras más cumplidas de la naturaleza? Bien así como esa flor, si blanquease su blancura os pareceria loca de atar, así vosotras, jóvenes, cuando blanqueais lo blanco, sois para nosotros pobrecitas á quienes de buena gana encerrára-

mos en un hospicio, si hospicio hubiera donde os sirviesen reyes á la mesa y reinas os quitasen los chapines. El blanco anexo á la mujer es como el blanco natural en la leche : si lo cubris por mejorarlo, echais á perder el acierto de la naturaleza. Las obras maestras de escultura, las grandes fábricas de Aténas, el templo de Júpiter, el Parthenon ponian la fachada al mundo, limpia de ingredientes superficiales que ocultaran la sublime belleza que los ha vuelto célebres : ni cal, ni estuco, ni yeso. Así el rostro de Minerva, el de la Vénus púdica no admite las ridículas embarraduras con que las mujeres, más bellas que esas divinidades sin alma, viven empeñadas en afearse y envejecerse ántes de tiempo. Qué delirio es ese, niña? La azucena se contenta con sus gracias propias, y no pasa por la vergüenza de pedirle á la tiza una misericordia de blancura : el armiño no se queja del Hacedor, ni va á hurtar lo que le falta : la paloma, con lo que es suyo la ayude Dios, satisfecha se halla, y no procura volverse blanca la azul, ni la azul blanca. Dice por ventura una de estas avechitas : A mí no me ha puesto collar la naturaleza ; yo me he de envolver un arco iris en el cuello? Dice otra : A mí no me gusta este importuno tornasol ; yo quiero pecho y cuello como la nieve? Todos los séres vivientes se hallan conformes con lo que han sacado del vientre de sus madres ; la mujer, la mujer tan solo, el más bello y seductor, no está contenta con sus incentivos, y va á postrarse ante las más ruines sustancias, para labrar una belleza despreciable con la cual mata la que ambicionan los ángeles del cielo.

Entre los entes alados que sobrevuelan en mi dicho jardin hay uno que semeja á un pequeño globo de oro con paramentos de fuego : graciosos puntos negros taracean su coraza, al paso que en la cabeza le resplandecen unos como rubies encendidos. Digo yo si á este peregrino amante de las verbenitas y las clavellinas le cogiésemos y le dorásemos la resplandeciente pechuga? si al verde con luz, verde con vista que le adorna las alas le diésemos algunos hábiles brochazos? si esos rubies de la cabeza admitiesen un toque de vermellon? Impíos! eso viene así de manos del Todopoderoso : ni más sabios, ni más artistas, ni más pulidos que él. Si el albayalde hubiera sido mejor para el rostro femenino, albayalde le hubiera puesto la naturaleza. Pero en dónde, en dónde material más suave, delicado, puro que ese con que fulgura la vírgen inocente en su dichosa ignorancia del arte y las mañas de las viejas? Dicen de los elefanciacos que tienen pasion profunda por transmitir su enfermedad á sus semejantes : sus semejantes huyen de ellos con horror ; y las niñas, las niñas hermosas se entregan de buen grado al contagio de esotra elefancia de la cara con que ponen en fuga al pobrecito amor, y espanto en los que íbamos á adorarlas de rodillas. Demos de barato que el artificio fuese capaz de producir obras perfectas : para que el arte fuese cabal, sería menester que junto con la hermosura efimera alcanzasen las mujeres el triunfo de hacernos creer en ella : si por hermosa que parezca una, estamos viendo y sabemos que ese es puro antifaz ; qué poder han de tener sobre nosotros? Tanto valdria acudiésemos al Corso de Roma los tres dias de carnestolendas, ó á la